

La comida sería a las nueve y media, pero me encarecieron que llegara un rato antes, para que me presentaran a los otros invitados.

Llegué apresuradamente, sobre la hora, y, ya en el ascensor, apreté el botón del último piso, donde me dijeron que vivían.

Llamé a la puerta. La abrieron y me hicieron pasar a una sala en la que no había nadie. Al rato entró una muchacha que parecía asombrada de mi presencia.

—¿Lo conozco? —me preguntó.

—No lo creo —dije—. ¿Aquí viven los señores Roemer?

—¿Los Roemer? —preguntó la muchacha, riendo—. Los Roemer viven en el piso de abajo.

—No me arrepiento de mi error. Me permitió conocerla —asegué.

—¿No habrá sido deliberado? —inquirió la muchacha, muy divertida.

—Fue una simple casualidad —afirmé.

—Señor... —dijo—. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Bioy —le dije—. ¿Y usted?

—Margarita. Señor Bioy, ya que de una manera u otra llegó a mi casa, no me dirá que no si lo convido a tomar una copita.

—¿Para brindar por mi error? Me parece muy bien.

Brindamos y conversamos. Pasamos un rato que no olvidaré. Llegó así un momento en que miré el reloj y exclamé alarmado:

—Tengo que dejarla. Me esperan, para comer, los Roemer a las nueve y media.

—No seas malo —exclamó.

—No soy malo. ¡Qué más querría que no dejarte nunca!, pero me esperan para comer.

—Bueno, si preferís la comida no insisto. Has de tener mucha hambre.

—No tengo hambre —protesté— pero prometí que llegaría antes de las nueve y media. Los Roemer estarán esperándome.

—Perfectamente. Corra abajo. No lo retengo aunque le aclaro: no creo que vuelva a verme.

—Volveré —dije—. Le prometo que volveré.

Podría jurar que antes nos habíamos tuteado. Pensé que estaba enojada, pero no tenía tiempo de aclarar nada. La besé en la frente, solté mis manos de las suyas y corrí abajo.

Llegué a las nueve y treinta al octavo piso. Comí con los Roemer y sus otros invitados. Hablamos de muchas cosas, pero no me preguntan de qué, porque yo sólo pensaba en Margarita. Cuando pude me despedí. Me acompañaron hasta el ascensor.

Cerré la puerta y me dispuse a oprimir el botón del noveno piso. No existía ese botón. El de más arriba era el octavo.

Cuando oí que los Roemer cerraban la puerta de su departamento, salí del ascensor para subir por la escalera. Sólo había allí escalera para bajar. Oí que había gente hablando en el palier del sexto piso. Bajé por la escalera y les pregunté cómo podía subir al noveno piso.

—No hay noveno piso —me dijeron.

Empezaron a explicarme que en el octavo vivían los Roemer, que eran, seguramente, las personas a quienes yo quería ver... Murmuré no sé qué y sin escuchar lo que decían me largué escaleras abajo.